

[DE FUGA SAECULI.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE FUGA SAECULI.

Este libro ha ocupado diversas posiciones entre las obras de Ambrosio. En los manuscritos y en las ediciones más antiguas, se encuentra inmediatamente después de los libros sobre Isaac y sobre el Bien de la Muerte. Sin embargo, cuando Erasmo decidió clasificar todos los monumentos de Ambrosio en ciertas categorías, lo incluyó junto con el tratado anterior sobre el Bien de la Muerte en la categoría de ética, después de los libros sobre los Oficios y sobre las Vírgenes, siendo imitado posteriormente por Costerius y Gillotius. Finalmente, los responsables de la edición romana, creyendo que este libro no era más que una exposición mística del pasaje del Génesis donde Rebeca aconseja a su hijo Jacob que huya a Mesopotamia (Cap. XXVII, 43), lo trasladaron después del comentario sobre Jacob y la Vida Bienaventurada. Pero estos no se basaron en una evidencia adecuada. Aunque el Santo Obispo menciona varias veces la huida de Jacob, nunca tuvo la intención de elaborar una narración sobre ese pasaje de las Escrituras: más bien utiliza el ejemplo de este patriarca, al igual que el de otros hombres ilustres, para estimular más eficazmente el abandono del mundo y sus vanidades. Por lo tanto, después de un examen más atento de este libro, le hemos restituido su lugar original; y lo hacemos con más gusto, ya que solo debe preceder a la discusión sobre Jacob y la Vida Bienaventurada que seguía en la edición romana, sin que de este cambio pueda surgir confusión alguna. No solo nos ha impulsado la autoridad de los manuscritos y ediciones antiguas, sino mucho más la afinidad de materia que lo une con los tratados anteriores. ¿Por qué no también el propio testimonio de Ambrosio? Pues cuando en el mismo inicio del libro dice: "Frecuente es nuestro discurso sobre la huida de este siglo", no dudamos en que está indicando tácitamente los tratados sobre Abraham, sobre Isaac y el Alma, y sobre el Bien de la Muerte; ya que en todos ellos exhorta a sus oyentes o lectores a huir del siglo y sus vanidades, y especialmente en este último, donde, como hemos observado en advertencias anteriores, se consumen tres capítulos en ese asunto.

La estructura de este librito demuestra lo mismo. Anteriormente hemos mostrado que el Santo Prelado, en sus sermones y tratados, instruía a los catecúmenos con la mayor diligencia en todos los preceptos de la vida cristiana: pero especialmente les inculcaba con particular cuidado cuán obligados estaban a evitar las vanidades del siglo. Sin embargo, su preocupación no se limitaba a estos estrechos límites. Consideraba que era su deber, sobre todo, confirmar a aquellos que habían recibido el bautismo en la doctrina que ya habían aprendido bajo su enseñanza. Por eso, desde el inicio de esta escritura muestra (Cap. 1, n. 1 y ss.) cuán proclive es la fragilidad y la codicia humana a recaer poco a poco en las necesidades mundanas: y cuán arduo es perseverar en el propósito santo; y por lo tanto, que deben esforzarse con manos y pies para huir incansablemente de las vanidades y, estando por encima de ellas, aspirar incesantemente a la perfección. Nada más (Cap. 2, 3, e inicio del 4) está significado en la antigua ley por aquellas seis ciudades de refugio que estaban abiertas a los culpables de homicidio involuntario: en lo cual insiste más que en cualquier otro asunto privado. Luego declara en qué consiste esta huida (Cap. 4, num. 17); y cuán gloriosa, útil y necesaria es para ellos, lo demuestra con los ejemplos de los Patriarcas, los Profetas, el Apóstol, e incluso del mismo Cristo Señor (Cap. 4, num. 19 y 20), pero que debe ser rápida (Cap. 6, num. 32). Enseña (Ibid.) que su carrera y meta es el bien supremo e inmutable, es decir, Dios mismo; y por lo tanto, que no deben ser estimulados con ningún otro incentivo (Cap. 7, num. 37 y ss.) para escapar del mundo, donde con permiso divino hasta ahora persisten el pecado y la malicia, y de donde el mismo Cristo no quiso extirparlos, aunque condenó a su autor, el diablo.

Sin embargo, como podría objetársele por esos nuevos cristianos que estaban atados por ciertos vínculos que les impedían huir del mundo, les revela (Cap. 8, num. 45 y ss.) cómo, sin abandonar el mundo corporalmente, pueden elevarse de él en espíritu, adherirse únicamente a Dios, observar sus preceptos, y no dejar pasar ninguna oportunidad de avanzar en el camino de la virtud. Finalmente, concluye esta discusión exhortando vehementemente y con gran elocuencia (Cap. 9, num. 51 y ss.) a que no entren en ninguna sociedad con el siglo al que en el bautismo ya habían declarado solemnemente que se separaban, convencidos de que en ellos no debe aparecer ya el hombre viejo, sino aquella nueva vida que recibieron en la fuente bautismal donde, habiendo muerto con Cristo, también resucitaron con él. Además, si consta por el epílogo de la obra que Ambrosio se dirigía a personas recién iniciadas en el bautismo, esto es igualmente evidente tanto por su inicio (Cap. 1, 7, 8) como por su parte media. Y esto mismo, al igual que las otras partes de la misma disertación, muestra con claridad meridiana que consiste en sermones o más bien en un solo sermón, que sin duda pronunció alrededor de las fiestas pascales del año 387, cuando observamos que los libros anteriores fueron compuestos. Sin embargo, si Ambrosio mismo le dio al librito el título de "De Fuga Saeculi", la autoridad de Agustín, quien lo cita así (Lib. II, cont. Julian. Pelag., c. 8; y lib. IV cont. duas Epist. Pel., cap. 11), no permite que se ponga en controversia. No obstante, no se debe ocultar que en algunos manuscritos se lee con el título "De Esau et Fuga Saeculi". Pero no vemos qué pudo haber dado ocasión a esta adición. Por lo tanto, debemos atenernos al título ya aceptado.

Aunque el libro de Filón "De Profugis" tiene como argumento a Agar la fugitiva, el Santo Obispo lo ha utilizado útilmente en varios lugares, como cuando habla de los patriarcas Jacob y José (Cap. 4 y 8) y de las seis ciudades de refugio (Cap. 2 y otros). Aquí observarás dos cosas que no son indignas de ser notadas; una es que, como ya hemos anotado, Ambrosio convertía todo lo que tomaba de aquel judío en usos cristianos, y lo confirmaba con diversas razones y testimonios tomados del Nuevo Testamento; la otra es que la razón por la cual el mismo Prelado extraía tan gustosamente de los comentarios de Filón era que muchos de los capítulos de su doctrina podían ser fácilmente adaptados a los principios de la religión cristiana; de lo cual, ciertamente, el ejemplo más claro lo proporcionan las discusiones sobre el Verbo divino en este libro (Cap. 2 y 3).

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LA HUIDA DEL SIGLO, LIBRO ÚNICO.

CAPÍTULO PRIMERO.

El hombre no puede huir de las tentaciones y deseos terrenales sin la ayuda divina. Cuántos impedimentos sufre de los sentidos; y cuán necesario es que anteponga las cosas tristes a las alegres, ya que en estas no se encuentra más que vanidad. Finalmente, quien quiera ser salvo, debe elevarse por encima del mundo.

1. Frecuente es nuestro discurso sobre la huida de este siglo (Ver S. Agustín, lib. II contr. Jul. Pelag., cap. 8, y lib. contr. duas epist. Pel., cap. 11); y ojalá que así como es fácil el discurso, así de cauteloso y solícito fuera el afecto. Pero lo que es peor, frecuentemente se infiltra la atracción de los deseos terrenales, y la ofuscación de las vanidades ocupa la mente; de modo que lo que te esfuerzas por evitar, eso mismo piensas y reflexionas en tu mente: lo cual es difícil de evitar para el hombre, pero imposible de despojarse. Finalmente, el Profeta testifica que esto es más un asunto de deseo que de efecto, diciendo: "Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia" (Sal. CXVIII, 36). No está en nuestro poder nuestro corazón, ni nuestros pensamientos, que, desbordados de improviso, confunden la mente y el espíritu, y nos arrastran a otro lugar del que te habías propuesto, nos devuelven a lo secular, nos insertan

lo mundano, nos imponen lo voluptuoso, nos entretejen lo atractivo; y en el mismo momento en que nos preparamos para elevar la mente, con pensamientos vanos insertados, a menudo somos arrojados a lo terrenal.

2. ¿Quién es tan afortunado que siempre ascienda en su corazón? Pero, ¿cómo puede suceder esto sin la ayuda divina? De ningún modo, ciertamente. Finalmente, la misma Escritura dice: "Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es de ti, Señor, y en cuyo corazón están tus caminos" (Sal. LXXXIII, 6). Bienaventurado, en verdad, aquel a quien no lo desvía el deleite, a quien no lo inclina el placer, quien no mira hacia lo inferior; lo cual ni siquiera la esposa de Lot pudo evitar. 418 Advertido por este ejemplo, el Apóstol, olvidando lo que queda atrás y extendiéndose a lo que está delante, se apresuraba hacia el premio, y mereció alcanzarlo; porque veía a Cristo delante de él, quien lo llamaba a la corona de justicia. Pero llegó aquel que se negó a sí mismo para ganar a Cristo. Finalmente, no vivía él, sino que Cristo vivía en él.

3. Pues, ¿quién entre tantas pasiones de este cuerpo, entre tantas atracciones de este siglo, puede mantener su paso seguro e inmaculado? Miró el ojo, y desvió el sentido de la mente: escuchó el oído, y torció la intención: inhaló el olor, e impidió el pensamiento: probó la boca, y reportó el crimen: tocó el tacto, y encendió el fuego. "Entró la muerte por la ventana", dijo el Profeta (Jer. IX, 21). Tu ventana es tu ojo. Si ves a una mujer para codiciarla, entró la muerte: si escuchas palabras de meretrices, entró la muerte: si la lujuria captura tus sentidos, penetró la muerte. Y por eso, quien quiera ascender, no debe seguir las cosas alegres del siglo, ni las agradables, ni las deleitables, sino las llenas de dolor y llanto; porque es mejor ir a la casa del luto que a la casa del gozo. Finalmente, ni siquiera Adán habría descendido del paraíso, si no hubiera sido engañado por el deleite.

4. Por tanto, David, que había experimentado los peligrosos aspectos del hombre, dice que bienaventurado es aquel cuya esperanza está toda en el nombre de Dios (Sal. XXXIX, 5). Pues así no mira a las vanidades, ni a las locuras falsas, si siempre se enfoca en Cristo, siempre mira a Cristo con los ojos interiores. Por eso, volviéndose nuevamente a él, dice: "Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad" (Sal. CXVIII, 37). La vanidad es el circo, porque no aprovecha nada: la vanidad es la velocidad de los caballos, porque es engañosa para la salvación: la vanidad es el teatro: la vanidad es todo juego: "Todo es vanidad", dice el Eclesiastés, "que hay en este siglo" (Ecles. I, 2). Finalmente, quien quiera ser salvo, debe elevarse por encima del mundo, buscar el Verbo junto a Dios, huir de este mundo, dejar las tierras. 419 Pues no puede percibir aquello que es, y es siempre, a menos que primero huya de aquí. Por eso, el Señor, queriendo acercarse al Padre Dios, dijo a los apóstoles: "Levantaos, vamos de aquí" (Juan XIV, 31).

CAPÍTULO II.

La ley enseña que se debe huir del siglo, con las ciudades de refugio, de las cuales se discuten cuatro cosas; primero, por qué fueron elegidas en la suerte de los levitas: segundo, por qué son seis en número: tercero, por qué tres están más allá del Jordán, y otras tres en la tierra de Canaán: cuarto, por qué se ordena al homicida esperar la muerte del pontífice allí. Todo lo cual se acomoda a diversas virtudes.

5. La ley también te enseña que debes huir del siglo y seguir a Dios. ¿Qué otra cosa enseña cuando dice: "Dispondréis para vosotros ciudades de refugio, y serán para vosotros refugios, a donde huya todo homicida que haya matado a alguien involuntariamente" (Núm. XXXV, 11)? Y más adelante: "Seis ciudades de refugio tendréis, tres ciudades daréis al otro lado del

Jordán, y tres ciudades daréis en la tierra de Canaán" (Ibid., 13 y 14)? Claramente, estos refugios fueron propuestos para aquellos que huían del crimen de homicidio. Pero consideremos más profundamente. Hay cuatro cosas que nos advierten que los arcanos de esta lectura deben ser observados más profundamente. Una, por qué de estas ciudades que cayeron en suerte a los levitas, seis ciudades fueron dadas como refugio para aquellos que sufrían el crimen de homicidio, y no se asignaron ciudades de otras tribus para este propósito. Segunda, por qué son seis en número; pues este número prescrito no parece ser ocioso, ni de más ni de menos ciudades. Tercera, por qué tres ciudades están más allá del Jordán, y tres en la región de Canaán, dispuestas para refugio de los pecadores. Cuarta, por qué se ha comprendido la enumeración y definición del tiempo, dentro del cual el homicida debe habitar en la ciudad de refugio, hasta que muera el sumo sacerdote, y después de la muerte del sumo sacerdote, el homicida regrese a la ciudad de su habitación (Ibid., 25). Por lo tanto, es necesario hablar de cada una, y resolver las cuestiones en el orden en que las hemos propuesto.

6. Por lo tanto, es necesario explicar primero por qué las ciudades de los levitas fueron dadas como refugio. Claramente, se ha dispuesto adecuadamente; porque los levitas son fugitivos de este mundo, para agradar a Dios, dejan su patria, padres, hijos, toda su parentela, para adherirse solo a Dios. Finalmente, también se le dijo a Abraham: "Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre" (Gén. XII, 1). Pero tal vez digas: No era levita. Pero tenía en sus lomos a Leví, como leemos en la carta a los Hebreos (Hebr. VII, 10). Y el Señor dice a los levitas, con sus discípulos, es decir, a los apóstoles: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Luc. IX, 23). Aunque ya se ha dicho a todos: "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido" (I Pedro II, 9). Ha llegado la plenitud, las reliquias han cesado. Cristo ha llamado a todos, ciertamente está abierto a todos, para que todos lo sigan, a todos se les ha propuesto el reino, y la vida eterna.

7. Por lo tanto, aquel para quien Dios es su porción (12, quaest. 1, c. Cui portio), no debe preocuparse por nada más que por Dios, para que no se vea impedido por el deber de otra necesidad. Pues lo que se confiere a otros oficios, se le quita al culto de la religión y a este nuestro oficio. Porque esta es la verdadera huida del sacerdote, la abdicación de los domésticos, y una cierta alienación de los más queridos; para que incluso se niegue a sí mismo, quien desea servir a Dios. Por lo tanto, la sanción de la ley eterna ha encomendado adecuadamente a los fugitivos a los fugitivos; para que aquellos que han olvidado este mundo, reciban a aquellos que, condenando sus pecados y obras, buscan el olvido de la vida anterior, y desean abolir las cosas seculares que han hecho. Por lo tanto, el ministro del altar sagrado es un fugitivo de los suyos. Por eso, el Señor, como príncipe de los sacerdotes, dando forma a los levitas en el Evangelio, dijo: "¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos?" (Mat. XII, 48). Esto es, no reconozco madre, no reconozco hermanos, ignoro a los cercanos. Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios, y la hacen (Ibid., 50). Por lo tanto, el ministro solo conoce la palabra de Dios, cuando conoce a aquellos en quienes obra la Palabra de Dios. Y por eso es un exiliado del mundo, un fugitivo del cuerpo, un fugitivo de las pasiones, se abdicó de todos, para que permanezca solo, como dijo Elías: "Y yo he quedado solo" (III Reg. XIX, 14). Pero no estaba solo con quien estaba Cristo. Y el mismo Señor fue dejado solo: "Pero no estoy solo", dice, "porque el Padre está conmigo" (Juan XVI, 32).

8. También hay otra razón porque los levitas son ministros de Dios. Y por eso, las ciudades de ellos son asignadas por la ley a los homicidas fugitivos, porque tienen el derecho de ejecutar los mandamientos divinos sobre aquellos que han cometido un crimen mortal. La

Iglesia no sabe publicar sus leyes. Sabe que el sacerdote debe obedecer al mandato del Señor. Escucha al levita diciendo: "He entregado a tal hombre a Satanás para destrucción de la carne; para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo" (I Cor. V, 5). Por lo tanto, herido por la espada levítica, muera el sentido de la carne en nosotros, para que nuestra alma viva. Porque si no muere el sentido de la carne, no puede haber fruto de vida eterna.

9. Los refugios de las seis ciudades son, de modo que la primera ciudad es el conocimiento del Verbo, y la forma de vivir según su imagen. Porque quien haya entrado en ese conocimiento, está a salvo del castigo, según lo que también el Señor dice: "Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan XV, 3). Y en otro lugar: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3). Esta es, por lo tanto, la ciudad como metrópoli, a la que se adjuntan otras cinco ciudades de los levitas. La segunda ciudad, la consideración de la operación divina, por la cual fue creado el mundo. La tercera ciudad, la contemplación del poder real y la majestad eterna. La cuarta ciudad, la visión de la propiciación divina. La quinta ciudad, la contemplación de la ley divina, que prescribe qué se debe hacer. La sexta ciudad, la parte de la ley que prescribe qué no se debe hacer. ¡Cuánta abundancia de la misericordia divina, cuántas riquezas de su piedad, al considerar los estudios individuales y las fragilidades de la condición humana, por las cuales, incluso involuntarios y resistiéndonos, somos llevados a la culpa, y frecuentemente cometemos delitos no voluntarios vencidos por las atracciones, nos propone diversos refugios, a saber, de seis ciudades; para que con el mismo número con que fue formado el mundo, se proveyera un remedio contra los vicios mundanos y los naufragios de este siglo!

10. El primer remedio, por tanto, es que si algún hombre de buena voluntad cae en culpa, debe, sin demora alguna, si desea tener una seguridad perfecta, dirigirse a la cima de todas las cosas, donde está el Verbo de Dios en ese seno paterno, es decir, en el secreto y retiro de Dios, donde está la fuente de la sabiduría, de donde, en lugar de muerte, pueda beber la bebida inmortal de la vida eterna. El segundo remedio es que quien no puede saborear el conocimiento de ese bien, y es más lento ya sea por ingenio o por comprensión de la fe; ya que se alcanza la cima del conocimiento con la rapidez del vigor mental y la agudeza del ingenio, al menos considere las obras del Señor, y contemple al autor de tan gran obra a partir de las cosas que han sido hechas; porque de estos bienes que están en la constitución de esta creación (pues son muy buenos, como dijo el Señor) se comprende ese bien supremo y eterno. ¿Qué orden de cosas? ¿Qué disciplina? ¿Qué gracia? ¿No es cierto que incluso el ingenio más lento es provocado a amar a su autor por estas cosas? Porque si amamos a nuestros padres porque nos engendraron, ¿cuánto más debemos amar al creador de nuestros padres y a nuestro autor? Por lo tanto, la virtud operativa de Dios, aunque no se ve, sin embargo, se estima por sus obras, y sus obras revelan al operador para que se entienda a quien no se comprende. Por eso también el Señor dice: Si no me creéis a mí, creed al menos a las obras (Juan 10, 38). Esta ciudad también es un buen refugio, que testifica la gracia de su constructor y excita nuestro afecto para que deseemos más ser suyos, quien parece habernos conferido tanta belleza en esta obra. El tercer orden es la contemplación del poder real, para que nos sometamos al rey, si no le rendimos honor como a un padre. Porque a menudo, por temor al que preside, se obedece al poder, quien es ingrato con la salvación; para que reconozca la necesidad de la sobriedad, quien no quiso ni pudo reconocer la gracia de la piedad. Por lo tanto, la necesidad corrige a quien la piedad debería haber provocado.

11. Estas son las tres ciudades más allá del Jordán, dadas como refugio a la prudencia más perfecta; para que primero huyamos de la culpa por inducción del alma, conformes a la

imagen de Dios. Porque así fuimos creados, diciendo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. 1, 26). Esta es, por tanto, la ley de esa primera ciudad. Luego, si por la fragilidad de la carne y las tentaciones del mundo no podemos formar así nuestra mente, levantemos el pecado con la reverencia de la generación paterna y la diligencia de la descendencia. Porque la caridad cubre una multitud de pecados. Por lo tanto, quien no pueda ser a la imagen de Dios, que sea a la plenitud de la caridad. Aquella ciudad excluye la culpa, esta la resuelve. Esta es, finalmente, la ley de la segunda ciudad: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Deut. 6, 5). Pero si nuevamente son estrechos de ánimo y pequeños, quienes no pueden recibir la abundancia de la caridad y la gracia, tienes la tercera ciudad; para que el temor del poder divino te haga sobrio y el miedo te doblegue. Y esta es la tercera ley: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás (Ibid., 13). Estas son, por tanto, las virtudes principales, y por eso de pocos, no de muchos, situadas más allá del Jordán; para que expreses como imagen el arquetipo, ames como hijo al padre, adores como súbdito al rey.

12. Pero quienes hayan cruzado el Jordán, pues se dice que el Jordán es su descenso: quienes, por tanto, hayan descendido de aquellas virtudes superiores a estas inferiores, es decir, en las que la integridad, la caridad, la humildad han vacilado, tienen refugios más cercanos al hombre que buscar; para que quienes están sujetos a delitos y doblados por vicios no voluntarios, esperen que el Señor pueda reconciliarse con ellos, si piden perdón; esperen poder corregirse, si siguen los preceptos de los Testamentos celestiales, por los cuales o somos formados para la inocencia, o somos llamados de vuelta de la culpa. Estas son, por tanto, las ciudades siguientes dentro del Jordán, para que propiciemos a Dios, sigamos lo que manda, evitemos lo que prohíbe. Sea, por tanto, la ambición de propiciar la divinidad, la obediencia al precepto a seguir, la cautela de la transgresión prohibida, por las cuales veneramos la misericordia propiciatoria de Dios, y su providencia nomotética ya sea por la obediencia a sus instituciones, o por la declinación de lo prohibido.

13. Queda el cuarto, lo que dice sobre la muerte del sumo sacerdote: Porque hasta ese tiempo estará en la ciudad de refugio aquel homicida, hasta que muera el gran sacerdote (Josué 20, 6). En lo cual, según la letra, la interpretación se detiene. Primero, la misma fuga definida más por suerte que por la equidad de algún examen; luego, en causas iguales, un resultado desigual; pues podría suceder que después del refugio de aquel homicida, al día siguiente muriera el gran sacerdote. ¿Qué sentencia bajo incertidumbre? Por tanto, como la letra se detiene, busquemos lo espiritual. ¿Quién es este gran sacerdote, sino el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, cuya intercesión tenemos por nosotros ante el Padre, quien está exento de todos los delitos voluntarios y accidentales, en quien consisten todas las cosas que están en la tierra y en el cielo? Porque todas las cosas están atadas por el vínculo del Verbo, y son contenidas por su poder, y en él subsisten; porque en él fueron creadas todas las cosas, y en él habita toda la plenitud. Y por eso todas las cosas permanecen, porque no permite que se disuelvan aquellas que él mismo ató, ya que en su voluntad consisten. Porque todo lo que quiere, lo sujeta y gobierna con su mandato, y lo liga con una concordia natural. Por tanto, el Verbo de Dios vive, y vive especialmente en las almas de los piadosos, y nunca muere la plenitud de la divinidad. Porque nunca muere la divinidad sempiterna, y la eterna virtud de Dios. Ciertamente, muere para nosotros, si se separa de nuestra alma, no porque se corrompa por la muerte, sino porque nuestra mente se disuelve y se despoja de su unión. Porque la verdadera muerte es la separación del Verbo y el alma. Finalmente, inmediatamente el alma comienza a estar expuesta a los pecados voluntarios.

CAPÍTULO III.

Demuestra que los géneros de virtudes mencionados en el capítulo anterior también se encuentran en el Apóstol, no tanto esbozados como expresados, recopilando varios testimonios del mismo.

14. Tenemos estos géneros de virtudes no esbozados, sino expresados en el Apóstol, cuando dice: Así que, en cuanto a mí, estoy dispuesto a anunciar el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio. Porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente y también al griego. Porque en él se revela la justicia de Dios, es decir, en aquel que cree (Rom. 1, 15 y ss.). Finalmente, añadió: De fe en fe, como está escrito: Mas el justo vivirá por la fe. ¿En quién, pues, se revela la justicia de Dios, sino en aquel que es conforme a la imagen del Hijo de Dios? Tienes el primer precepto a la imagen de Dios. El segundo, porque las cosas invisibles de él se entienden por las cosas que han sido hechas, es decir, su eterno poder y divinidad se conocen por sus obras, esta es la virtud operativa. El tercero sobre el poder imperial, porque el Verbo de Dios es real, y judicial, y lleno de justicia sacerdotal, reservando la remuneración de los buenos actos y la retribución de los malos para su juicio venidero, de los cuales dice el Apóstol: Sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que hacen tales cosas (Rom. 2, 2). Por tanto, quien ha conocido la verdad y la justicia de Dios, no debe hacer cosas que sean dignas de muerte. Sigue la bondad propiciatoria de Dios, de la cual dice: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad? ¿Ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento (Ibid., 4)? Es decir, debe llevarte. Te provoca, porque Dios es bueno, para que puedas esperar el perdón de tus pecados. Porque no quiere vengarse, quien está dispuesto a perdonar. También añadió la legislación, es decir, la nomotética; para que si alguien se disuelve por la contemplación de la bondad divina, y es más provocado a la negligencia que al arrepentimiento, siga la ley. Porque también todos los que, dice, pecaron sin ley, sin ley también perecerán; y todos los que pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Ibid., 12).

15. La ley, sin embargo, es doble, natural y escrita. Natural en el corazón; escrita en las tablas. Todos, por tanto, están bajo la ley, pero natural. Pero no es de todos que cada uno sea ley para sí mismo. Sin embargo, aquel que es ley para sí mismo, es quien hace espontáneamente lo que es de la ley, y muestra en su corazón la obra de la ley escrita. Tienes lo que son los bienes de la ley; que, sin embargo, no solo debemos saber o escuchar superficialmente, sino también hacer. Porque no son los oidores de la ley justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. También has conocido lo que son los males. Primero, la misma naturaleza es maestra de la buena obra. Sabes que no se debe robar, y si tu siervo te roba, lo azotas; y si alguien codicia a tu esposa, piensas que debe ser perseguido. ¿Lo que reprendes en otros, lo cometes tú mismo? ¿Tú que predicas que no se debe robar, robas? ¿Tú que dices que no se debe adulterar, adulteras? También siguió la ley que fue dada por Moisés. Por la ley, sin embargo, es el conocimiento del pecado. También has recibido lo que debes evitar, y haces lo que sabes que está prohibido. Pero, ¿qué opera la ley, sino que todo el mundo se haga súbdito de Dios; porque no solo fue dada al hebreo, sino que también llamó al extranjero, que no excluyó al prosélito. Pero como la ley pudo cerrar la boca de todos, no pudo convertir la mente, por eso se debía el último remedio de aquella última ciudad, en la cual hubiera un refugio saludable; para que la muerte del príncipe de los sacerdotes nos liberara de todo temor a la muerte, y nos despojara del miedo (Vid. S. Aug. l. IV, cont. duas epist. Pelag., cap. 11).

16. ¿Quién es aquel, sino de quien se ha leído: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29) A quien Dios propuso como propiciador por la fe en su sangre para manifestación de su justicia (Rom. 3, 25). Pero entiende que él mismo es

el príncipe de los sacerdotes. El Padre juró sobre él diciendo: Tú eres sacerdote para siempre (Sal. 109, 4). Correctamente para siempre, ya que todos los demás son temporales y bajo pecado, pero este tiene un sacerdocio inquebrantable: todos bajo muerte, pero este siempre viviente; porque quien puede salvar a otros, ¿cómo podría perecer él mismo? Porque tal, dice, nos convenía (Hebr. 7, 2 y 3). Correcta expresión. Pues también entre aquellos que han tenido selección de palabras y expresiones, se encuentra algo así, diciendo alguien: Un lugar más elevado de lo que convenía a los vencedores (Sallust., l. I Hist.). Lo cual no he pasado por alto, para que sepamos que el Apóstol usa palabras más naturales que vulgares, o según el arte. Por tanto, tal, dice, nos convenía un príncipe, sacerdote, justo, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y hecho más alto que los cielos. Este es, por tanto, el Verbo, que habitando sobre los cielos ilumina todo. Por eso también se lee que fue ungido naturalmente por Dios Padre (Hechos 4, 27); porque es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Este es el Verbo de Dios, en el cual hay un gran sacerdocio, cuyas vestiduras del príncipe de los sacerdotes describe Moisés (Éxodo 29, 5 y ss.) en aquel vestido inteligible, que con su virtud viste al mundo, y como si estuviera vestido con él, brilla en todos. Porque vistió la parentela del género humano por la ascensión de este cuerpo, y la inenarrable caridad, infundiéndose a todos con su espíritu y plenitud de su divinidad, de cuya plenitud todos hemos recibido; para que conozcamos la caridad de Cristo que sobrepasa el conocimiento, y seamos llenos de toda la plenitud de Dios. Porque Cristo es la cabeza de todos, de quien todo el cuerpo se produce, y se une por mutua conexión, recibiendo su crecimiento en la edificación de la caridad. Este es, por tanto, el Verbo que sobrepasa, que dice a Moisés en la edificación de aquella arca del testimonio: Pondrás en el arca los testimonios que te daré, y harás la imposición del propiciatorio (Éxodo 25, 16, 17). Y más adelante: Pondrás el propiciatorio sobre el arca por encima, y pondrás los testimonios que te daré; y me daré a conocer a ti desde allí, y te hablaré desde arriba (Ibid., 22), es decir, desde allí donde está sobre los cielos, donde está con el Padre, desde allí te hablaré.

CAPÍTULO IV.

Qué significa huir del mundo, con exhortación a huir de él y de su contagio. Se muestra que esa huida es gloriosa con ejemplos de muchos Padres, especialmente de San Jacob. Cuán felizmente le resultó huir así; y por qué Laban no pudo encontrar nada suyo en él.

17. Acerquémonos, pues, apoyados en el auxilio de la fe, y elevados por sus remos, a aquel trono de gracia, huyendo de este mundo y de su contagio. Pero huir significa abstenerse de los pecados, asumir la forma de las virtudes a semejanza e imagen de Dios, extender nuestras fuerzas a la imitación de Dios según la medida de nuestra posibilidad. Porque el hombre perfecto es imagen y gloria de Dios. Por eso también el Señor dice: Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mat. 5, 48). Esto es, por tanto, ser semejante a Dios, tener justicia, tener sabiduría, y ser perfecto en virtud (De Poenit. dist. 2, cap. Similem). Porque Dios es sin pecado. Y por eso quien huye del pecado, es a imagen de Dios. No hay duda, por tanto, de que quien se abstiene del pecado, huye. Por eso también el Apóstol clama: Huid de la fornicación (1 Cor. 6, 18). Porque nos persiguen las tentaciones de los pecados, nos persigue la lujuria: pero tú huye como de una señora furiosa, que si te atrapa, no te deja descansar ni de día ni de noche, te agita, te quema, te incendia. Huye de la avaricia, para que no te atrape interiormente. Huye de la envidia, que no solo acostumbra a lacerar a los ajenos, sino mucho más a aquel a quien ha poseído. Huye de la perfidia, para que no te envuelva en sus redes. Por eso también el Señor dice: Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. Y si en otra os persiguen, huid a otra. En verdad os digo, no acabaréis las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del hombre (Mat. 10, 23). Porque aunque parece aconsejarnos la huida por la debilidad de la carne, sin embargo, huye mejor quien huye de la

tentación secular; para que no sea retenido por la preocupación de sus riquezas, ni por la contemplación de su tesoro, ni por el deseo de esta vida; sino que con la intención directa del alma se apresure a la gloria del reino celestial, se apresure a la corona, y no sea desviado de la pasión de su cuerpo por la visión de las cosas terrenales.

18. La huida, por tanto, es una muerte ya sea celebrada o esbozada. Y tal vez aquellas expresan las ciudades de refugio legítimo; para que nos refugiemos en las cumbres de las virtudes, que en otros lugares dispensa como premios al buen prestamista diciendo: Porque en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades (Luc. 19, 17). La ley antigua conocía las ciudades: pero porque la ley fue cumplida por quien pudo decir: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. 5, 17), concede un número más perfecto de remuneración.

19. No nos avergoncemos, por tanto, de huir. Porque esta huida es gloriosa, huir de la cara del pecado. Así huyó Jacob, aconsejado por su madre. Porque dijo Rebeca: Levántate, huye a Mesopotamia (Gén. 27, 43). Así huyó también Moisés de la cara del rey Faraón, para que no lo contaminara la corte real, para que no lo atrapara el poder. Finalmente, estimó más valioso el oprobio de Cristo que las riquezas de Egipto. Así huyó también David de la cara del rey Saúl, de la cara de Absalón. Finalmente, huyendo añadía incrementos de piedad, quien perdonó al insidiador, y rogó por la salvación del parricida. Así huyó también el pueblo hebreo, para que su fe y vida abrieran camino entre las olas. Aquella huida era el camino de la inocencia, la vía de la virtud, la ascensión de la piedad. Me atrevo a decir, así huyó también Jonás a Tarsis no con la huida del cuerpo, sino con la ascensión de la mente, quien ascendió hasta la semejanza de Cristo, para convertirse en tipo de Cristo. Porque así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches: así será, dice, también el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mat. 12, 40). Porque si no hubiera huido así, nunca habría sido escuchado desde el vientre del cetáceo.

20. Pero si dudas, que Rebeca te enseñe cuán bendita es la huida que emprendió Jacob. Rebeca aconsejó. Y huye, dice, a Mesopotamia (Gén. 28, 2); Isaac dice: Levántate, ve a Mesopotamia, a la casa de Batuel. En himnos u oráculos por muchos (como se ha escrito antes de nosotros) Batuel se dice sabiduría, pero en interpretación latina, significa hija de Dios. Por tanto, Jacob es enviado a la casa de la sabiduría, y se le aconseja tomar esposa de las hijas de Labán, quien habitaba en Harrán, que significa cavernas, en las cuales está la apariencia de los sentidos, que están como en las cavernas del cuerpo, como la vista en los ojos, el oído en los oídos, el olfato en las narices, el sabor en la boca. Porque quien se deleita en este mundo, y se regocija en los placeres del cuerpo, está sujeto a las pasiones de los sentidos, y en ellos habita y se aloja. Por eso Rebeca le dice que habite pocos días con él, no mucho tiempo; para que no se coloree con los placeres corporales, y no sea atrapado por las tentaciones del mundo.

21. Persuade a habitar, para que aprenda con más diligencia el sentido de la disciplina de la virtud, y como si fueran ciertos sitios de la carne y regiones, para que se conozca a sí mismo, y sepa la vehemencia de la carne, por qué y con qué propósito fue creado, y cómo opera cada sentido. "El que mira", dice, "a una mujer para codiciarla" (Mateo V, 28). Así ve mal el ojo. Que el ojo, por tanto, vea y cumpla con su deber, no sea dirigido al error por el mandato de una mente lasciva, para que no reporte un vicio en lugar de un oficio. Se da, por tanto, un breve tiempo para conocer los sentidos, o más bien para experimentarlos, y tal vez los primeros comienzos de una adolescencia más tierna; y de inmediato se le llama de vuelta, para que no titubee más tiempo en lo resbaladizo, y con una cierta inundación dividida de

este cuerpo y del mundo se sumerjan las huellas interiores del alma. Pero cuando haya experimentado, o haya permanecido en un suelo inestable, incierto y húmedo, es llamado de vuelta por la madre paciencia o perseverancia, que dice: "Te enviaré y te llamaré de allí" (Génesis XXVII, 45); para que incluso allí, en lo resbaladizo, encuentres un puerto seguro de sabiduría, que no te permita naufragar, y regreses a perseverar en el culto a Dios, y estés en la asamblea de las naciones, significando con su fe la Iglesia de las naciones que se congregará.

22. Instruido, por tanto, con estas disciplinas de paciencia y perseverancia (Génesis XXIX, 23 y ss.), Jacob adquirió para sí una unión con la sabiduría, compañera de su propósito, rica en la dote de la prudencia, con la cual transcurriría los tiempos de su vida sin ofensa alguna. Añadido, por tanto, el tesoro de la sabiduría, estableció para sí un rebaño de ovejas variadas: pero aquel rebaño racional, resplandeciente por la diversidad de muchas virtudes. De donde también recortó la jactancia de su carne (Génesis XXXII, 25), lo que significa el entumecimiento del muslo, salvando la interpretación sagrada del misterio. Con estas virtudes, por tanto, como con ciertos escalones, su mente ascendió al cielo, y conoció los secretos de Dios, y fue confirmado y lleno; de modo que Labán, al registrar su casa, no encontró en él nada vacío, nada vano, ninguna imagen, ninguna figura de vanidad. Pues en él no había imagen, sino verdad: no una figura de pereza, sino una forma sólida de justicia, y una expresión inteligible de la verdadera virtud. Así que Labán registró su casa espiritual, y no encontró figuras. Pues estaba llena no de formas, sino de asuntos.

23. Sin embargo, podría haber encontrado los fundamentos de las virtudes y sus cumbres, si no hubiera llevado consigo la ceguera del corazón y la oscuridad de una mente páfida. Finalmente, con esa ceguera de maldad, los sodomitas, con la mente ofuscada, no pudieron encontrar la puerta del santo Lot. ¿Cómo podría una mente impía ver la salida o la entrada de un hombre santo? El mismo Señor también dice en el Evangelio: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada" (Juan XIV, 30). ¿Cómo pudo no encontrar nada en aquel en quien habitaba la plenitud de la divinidad, y habitaba corporalmente, de quien salía virtud y sanaba a todos? ¿Cómo pudo no encontrar nada en la solidez de la virtud, en la abundancia de la sabiduría, de la inteligencia, de la justicia? Tú mismo dijiste: Señor: "Estoy lleno" (Isaías I, 11); tú mismo dijiste: "Pon tu mano en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel" (Juan XX, 27). Puso la mano quien no creía, y te encontró Señor y Dios. No eres, por tanto, vacío, sino aquel ciego y vano príncipe de este mundo, que no sabe ver sino lo suyo, no sabe encontrar sino lo suyo; no sabe reconocer lo que es de Cristo.

24. O si, como muchos tienen: "No encontrará en mí nada", es decir, no encontrará en mí malicia, porque la malicia es nada: no encontrará muerto, porque no está muerto. Pero, ¿cómo podría encontrar muerto en aquel que vivifica a los muertos, y llama a las cosas que no son, como si fueran? No encontrará, dice, pecado en mí, que quité el pecado del mundo. Pues, ¿cómo no tiene nada quien lo tiene todo? Y, lo que es más, tiene todo lo que el Padre tiene, como él mismo dice: "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan XVI, 15).

CAPÍTULO V.

¿Por qué debemos huir de aquí, y cómo pasar con Moisés, para ver a Dios, desatando las sandalias de nuestros pies: cómo también dejar la sombra de esta vida, y con el santo David, si no como águila, al menos como gorrión; si no al cielo, al menos a los montes volar?

25. Huyamos, por tanto, de aquí, donde no hay nada, donde todo lo que se considera magnífico es vano, donde incluso quien se cree algo, no es nada, y en absoluto no es. "Vi", dice, "al impío superexaltado y elevado más allá de los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí

que no estaba" (Salmo XXXVI, 35). Y tú pasa como David, pasa como buen siervo, para que se te diga: "Pasa, recuéstate" (Lucas XVII, 7). Pasa como Moisés, para que veas al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y veas una gran visión. Esta es una gran visión, pero si quieres ver, desata la sandalia de tus pies, desata todo vínculo de iniquidad, desata los cinturones del mundo, deja la sandalia que es terrenal. Por eso Jesús envió a los apóstoles sin sandalias, oro ni plata, para que no llevaran consigo cosas terrenales. Pues quien busca el bien, no es alabado por la sandalia, sino por la velocidad y el decoro de los pies, como dice la Escritura: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien!" (Isaías LII, 7). Desata, por tanto, la sandalia de tus pies, para que sean hermosos al anunciar el Evangelio. Dijo "desata" (Éxodo III, 5), no "ata". Desata, para que pases, y aquel impío que admirabas en la tierra, encuentres que no es nada allí, que no puede nada. Pasa, por tanto, es decir, huye de las tierras, donde hay malicia, donde hay avaricia. Por eso David te dice: "Apártate del mal; y haz el bien" (Salmo XXXIII, 15). Apartarse es huir, ciertamente. El mal está en las tierras, el bien en el cielo. Por eso añadió: "Busca la paz, y síguela". La paz está en el cielo. Finalmente, viniendo del cielo dice: "Mi paz os doy, mi paz os dejo" (Juan XIV, 27). Por tanto, porque los males deben ser evitados y rechazados; los males están en las tierras, en las tierras las iniquidades: huyamos de lo terrenal, para que no nos alcancen las iniquidades, que incluso alcanzaron al santo David, como él mismo testifica diciendo: "Me alcanzaron mis iniquidades, y no pude ver" (Salmo XXXIX, 13); porque el humo de la iniquidad ciega el ojo del alma, para que no vea lo que es luminoso. Así, por tanto, Labán no pudo ver los bienes de Jacob, y el príncipe de este mundo la gloria de Cristo.

26. Pero tal vez digas: ¿Por qué entonces fue enviado Jacob a Labán, si Labán es reprochable? Si consideramos el nombre, en latín se dice "blanco". Por tanto, Jacob es mandado a salir hacia cosas más espléndidas. Pero porque era carnal, entendemos mejor las cosas más espléndidas de esta vida. Como aún no perfecto, primero va a él, con quien por un momento se regocijaría en su luz. Sin embargo, tenía hijos peores, es decir, un nombre más tolerable que sus obras. Y por eso, por el consejo de su madre, y por el oráculo divino, y por la voluntad del mismo Jacob, amante de la disciplina, pronto es abandonado y dejado.

27. Pero Raquel escondió las imágenes, es decir, la Iglesia, o la prudencia, porque la Iglesia no conoce las ideas vacías, ni las figuras vanas de los ídolos: sino que conoce la verdadera sustancia de la Trinidad. Finalmente, abolió la sombra, manifestó el esplendor de la gloria. Dejemos, por tanto, la sombra, quienes buscamos el sol: abandonemos el humo, quienes seguimos la luz. El humo es iniquidad; porque como el humo a los ojos, así las iniquidades a quienes viven de esa manera. La sombra es la vida: pues nuestra vida aquí en la tierra es sombra, como dijo Job (Job VIII, 9). ¿Qué hay aquí además sino tentaciones? Todo el tiempo en ansiedad, toda la vida en molestias. "En medio", dice, "de trampas caminamos" (Eclesiástico IX, 20). Y otro, en el camino en que andaba, se quejaba de trampas tendidas pero escondidas para él (Salmo CXLI, 4), para que no cayera atrapado. Quería huir como un gorrion: pero aún no se había roto la trampa. "Pereció", dice, "la huida de mí" (Salmo CXLI, 5). Tenía las alas pesadas por aquella oscura agua en las nubes del aire, y tal vez no podía volar. Finalmente, buscaba tomar aquellas alas, para volar y descansar, como está escrito: "¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré?" (Salmo LIV, 7). Pues donde hay vuelo, allí hay descanso. Finalmente, en otro lugar dice: "Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma están plateadas" (Salmo LXVII, 14).

28. Pero tal vez digas: ¿Cómo entonces aquí dice que la huida pereció de él, quien antes había dicho: "Si tomo mis alas antes del amanecer" (Salmo CXXXVIII, 9)? ¿Acaso es contrario? De ninguna manera. Muchas son las luchas de los justos. ¿Acaso un atleta lucha una sola vez? ¿Cuántas veces, después de muchas coronas, es vencido en otra lucha! ¿Cuántas veces

quien a menudo había vencido, a veces vacila, y se queda en la incertidumbre! Y a menudo sucede que se enfrenta a fuertes, y surgen luchas mayores, donde hay mayores pruebas de fuerza. Por tanto, David, cuando buscaba la huida, para escapar del adversario, y no encontraba sus alas, vacilaba en una lucha incierta. Pues donde tiene en su poder sus alas, el título del salmo es "al final" (Salmo CXXXVIII), es decir, hacia la perfección y consumación de la victoria. Finalmente, como vencedor dice: "Señor, me has probado y conocido: tú conociste mi sentada y mi levantada" (Ibid. 1). Con razón tenía la facultad de volar, quien había recibido las alas de la resurrección. Aquí, sin embargo, aún está en la cueva, es decir, en la carne, en una especie de caverna de este cuerpo, discutiendo con el rey Saúl, hijo de la dureza, y con el poder de aquel príncipe inteligible, que no se ve, sino que se entiende. Por eso el título del salmo es "inteligencia" (Salmo LIV), que sin embargo David, estando en la carne, concluyó: pero para concluirlo, mereció rogando. Finalmente, comenzó con la voz de la oración.

29. Añade a esto, que aquel salmo se dice desde la persona del Salvador; este desde la persona de David, quien no tenía en su poder la victoria, sino que la esperaba de Cristo; y él mismo, sin embargo, después de haber extendido sus manos a Dios, como alas de su alma, y haber huido al Señor, y pedir la guía del Espíritu Santo, para conocer el camino por el cual podría ascender, vio los cielos inclinados, para que Cristo descendiera, y rogó para que lo levantara con su mano. O tal vez por eso ya no buscaba sus alas, porque hecho más perfecto deseaba la mano de Cristo.

30. Quien quiera, por tanto, ser levantado por la mano de Cristo, primero vuele él mismo, tenga sus alas. Quien huye del mundo, tenga alas; y si no tiene las suyas (no sea que solo aquel las tenga quien tiene el poder de volar) si no tiene, digo, las suyas, que las reciba de quien las tiene. Quien huye del mundo, vuela: "He aquí", dice, "me he alejado huyendo, y he permanecido en soledad" (Salmo LIV, 8). Voló, por tanto, David como un búho en su morada, como un gorrión solitario en su casa. Pero si lo refieres a Cristo, voló en la pasión del cuerpo, para que bajo la sombra de sus alas protegiera a los pueblos de las naciones. Voló en divinidad, permaneció en cuerpo, y habitó en el desierto; para que los hijos de la desolada fueran más que los de la que tenía marido. Sigamos, por tanto, aquel cuerpo, para que también nosotros resucitemos. Pues donde está el cuerpo, allí también las águilas.

31. Quien no pueda volar como águila, que revolotee como gorrión. Quien no pueda volar al cielo, que vuele a los montes, huya antes de los valles, que pronto se corrompen con la humedad, y pase a los montes. Pasó al monte Segor el sobrino de Abraham, y fue salvo: pero la que no pudo ascender, inclinada por el afecto femenino, perdió la salvación. Acercaos a los montes eternos, dice el Señor por el profeta Miqueas: "Levantaos de aquí, porque no tenéis aquí refrigerio. Por la impureza estáis corrompidos con corrupción, habéis sufrido persecución" (Miqueas II, 9 y 10). Y el Señor dice: "Entonces los que estén en Judea huyan a los montes" (Lucas XXI, 21), donde está el monte Sion, y la ciudad de paz Jerusalén no construida con piedras terrenales sino vivas, y diez mil ángeles, la Iglesia de los primogénitos, los espíritus de los perfectos, el Dios de los justos, quien en su sangre habló mejor que Abel. Pues aquel clamó por venganza, este por indulgencia: aquel acusó el pecado de su hermano, este remitió el pecado del mundo: aquel reveló el crimen, este lo cubrió según lo que está escrito: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas" (Salmo XXXI, 1).

CAPÍTULO VI.

¿Por qué razón quien quiera huir, debe huir rápidamente: hacia dónde también se debe huir; y hacia qué bien debemos elevar nuestras almas?

32. Pero quien huye, que huya rápidamente, para que no sea atrapado: rápidamente despoje este mundo, como el hebreo a Egipto. Quien está de parto, que dé a luz; para que, con el útero de la mente cargado y agobiado de iniquidades, no pueda huir: y huya no como llevando a un lactante, sino como expedito: no llevando a un pequeño, sino presentando a uno perfecto en Cristo; huya no como ocioso en sábado, sino como trabajador en el negocio: ni como estéril en el frío, sino como opulento en la cosecha. Por eso se dijo: "Orad para que vuestra huida no sea en invierno, ni en sábado" (Mateo XXIV, 2). Esta huida, por tanto, es fecunda en virtudes, no en efectos de méritos. Esta huida no conoce el frío del temor, el temblor de la muerte, la contracción de la ansiedad, el ocio de la disolución, las vacaciones de la lascivia, la pereza de la lentitud: sino que requiere un viajero diligente de la vida celestial, un competidor esforzado del reino superior, un agricultor rico, que recoja sus frutos, y al recogerlos los despoje.

33. Pues, ¿qué otra cosa se te pide a ti, oh hombre, sino que temas al Señor, lo busques, caminos tras él, comprendas sus caminos (Deuteronomio X, 12)? ¿En qué, dice, comprenderé al Señor? ¿Si lo comprendo en holocaustos? No en diez mil cabritos, no en miles de carneros, no en los frutos de la impiedad se reconcilia el Señor, y se redimen los pecados: sino que en la buena vida se comprende la gracia del Señor. "Se te ha anunciado", dice, "hombre, qué es lo bueno, o qué requiere el Señor de ti. ¿Qué otra cosa, sino que hagas justicia, y ames la misericordia, y estés dispuesto a ir con el Señor tu Dios?" El Evangelio, por tanto, te dice: "Levantaos, vámonos de aquí" (Juan XIV, 31). La ley te dice: "Caminarás tras el Señor tu Dios" (Deuteronomio X, 4). Has aprendido cómo huir de aquí, ¿qué esperas? El Evangelio te dice de nuevo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mateo III, 7). Y dice esto a aquellos que venían al bautismo de arrepentimiento.

34. Por tanto, el arrepentimiento es una buena huida: la gracia de Dios es una buena huida, en la que es asumido el que huye: el desierto es una buena huida, al que huyeron Elías, Eliseo, Juan el Bautista. Elías huyó de la mujer Jezabel, es decir, de la efusión de la vanidad, y huyó al monte Horeb, que significa desecación; para que se secase en él el flujo carnal de la vanidad, y conociera más plenamente a Dios. Pues estaba junto al torrente de Querit, que es conocimiento, donde bebería la abundancia fluyente del conocimiento divino, huyendo así del mundo, que ni siquiera buscaba el alimento de este cuerpo, sino el que las aves le llevaban como ministras; aunque su comida a menudo no era terrenal. Finalmente, durante cuarenta días caminó en la fuerza del alimento que había recibido. Ciertamente no huía de una mujer un profeta tan grande, sino del mundo. ¿Acaso temía la muerte, quien se había ofrecido al que lo buscaba, y quien decía al Señor: "Recibe mi alma" (I Reyes XIX, 4), soportando el tedio de esta vida, no el deseo? Sino que huía de la seducción mundana, y del contagio de una conversación manchada, y de los sacrilegios de una nación impía y prevaricadora.

35. Salomón también, en la figura de aquella mujer, expone la corrupción de este mundo, y enseña a evitar las artes de la prostituta (Proverbios VII y otros). Esta es la mujer ajena y fornicaria, de la cual te exhorta a guardarte. No inclines tu corazón a los caminos del mundo, sino colócalo en la mano del Señor, en la cual está el corazón del rey. Pues quien se gobierna a sí mismo, lo cual es más valioso que gobernar a otros, su corazón está en la mano de Dios, y a donde Dios quiere, lo convierte. No es de extrañar si lo convierte en bien, quien es de perfecta bondad. Estemos, por tanto, en la mano de Dios, para que busquemos el bien, aquel bien incorruptible e inmutable, del cual dice el profeta Amós: "Buscad el bien y no el mal,

para que viváis: y así estará con vosotros el Señor Dios omnipotente" (Amós V, 14). ¿Cómo dijisteis: Odiamos el mal, y amamos el bien? Donde, por tanto, está el buen Dios, allí están los bienes, que David deseó ver, y creyó que vería, como él mismo dice: "Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Salmo XXVI, 13). Pues aquellos bienes son los que permanecen siempre, que no pueden ser corrompidos por el cambio del tiempo o de la edad.

36. En esos bienes está quien ha buscado y encontrado a Dios. Porque donde está el corazón del hombre, allí también está su tesoro. El Señor no suele negar el bien a quienes lo imploran. Por tanto, porque el Señor es bueno, y especialmente bueno con quienes lo esperan, a Él nos unamos, con Él estemos con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con toda nuestra fuerza; para que estemos en su luz, veamos su gloria y disfrutemos de la gracia de la suprema delectación. Elevemos, pues, nuestras almas hacia ese bien, y estemos en Él, y vivamos en Él, adhiriéndonos a lo que está por encima de toda mente y consideración, y que goza de paz perpetua y tranquilidad. La paz está por encima de toda mente y de todo sentido. Este es el bien que penetra todo, y todos vivimos en Él y de Él dependemos: pero Él no tiene nada por encima de sí mismo, sino que es divino; porque nadie es bueno, sino solo Dios. Lo que es bueno, es divino; y lo que es divino, es bueno. Por eso se dice: "Abriendo tú la mano, se llenarán todos de bondad" (Salmo 103, 28). Porque por la bondad de Dios se nos otorgan todos los bienes, en los cuales no hay mezcla de mal. Estos bienes promete la Escritura a los fieles diciendo: "Comeréis los bienes de la tierra" (Isaías 1, 19). Seamos, pues, semejantes a aquel bien, para que alcancemos los bienes. El bien que es sin iniquidad, sin engaño, sin aspereza, con gracia, con piedad, con sinceridad, y benevolencia, caridad, y justicia. Así, todas las virtudes la bondad las abraza como madre fecunda.

CAPÍTULO VII.

La gran razón por la que debemos huir de aquí, ya que este es el asiento propio de la malicia; y también, ¿qué significa huir? La malicia aquí no perece, ¿y por qué razón? Sobre la condena de la serpiente, ¿en qué difiere de la sentencia dictada sobre el hombre? Se añade la exposición de la misma sentencia.

37. Hay, pues, una razón no menor por la que debemos huir de aquí, para pasar de los males a los bienes, de lo incierto a lo fiel y lleno de verdad, de la muerte a la vida. El mismo Señor, al decir: "He puesto ante ti el bien y el mal, la vida y la muerte" (Deut. 30, 15), mostró que el bien es la vida, pero eterna. Porque si estas cosas están sujetas al siglo y a su malicia, ciertamente aquel bien es el que no se corrompe ni cambia, que no degenera por ningún vicio, que se adquiere por virtud. Huyamos, pues, de la malicia de este siglo, en el cual los mismos días, dice (Efesios 5, 16), son malos; y huyamos sin demora. Por eso Isaías clama: "Fortaleced las manos débiles y las rodillas vacilantes" (Isaías 35, 3), es decir, no las rodillas del cuerpo, sino las del alma, fortalézcanse; para que la huella de la mente pueda elevarse a las alturas del cielo, para que el camino sea más firme, la vida más madura, la gracia más plena, la prudencia más circunspecta.

38. Esto es huir, saber hacia dónde te diriges, elevarse del mundo, elevarse del cuerpo; para que no se exalte alguien en vano, y al estar inflado en la mente de su carne no sostenga la cabeza, y se diga de ellos: "Huyeron, y no vieron" (Job 9, 25). Pero esto es huir de aquí, morir a los elementos de este mundo, esconder la vida en Dios, declinar las corrupciones, no tocar las codicias, ignorar las cosas de este mundo, que nos engendra varios dolores, vacía cuando ha llenado, llena cuando ha vaciado. Y todas estas cosas son vanas y vacías, en las cuales no

hay fruto sólido. Murió el rico, y no tiene nada; porque no es rico en Dios: y por eso es insensato, porque la sabiduría es el culto de Dios, y abstenerse de los males es disciplina.

39. ¿Quién, pues, no huirá del lugar de la malicia, del taller de la maldad, que no sabe perecer? Por eso no se puso en vano una señal sobre Caín, para que nadie lo matara; para significar que la malicia no se extingue ni se quita de la tierra. Caín temía ser asesinado, porque no sabía huir. La malicia se aumenta y se acumula con el uso mismo, y es sin moderación, sin fin, decidiendo con engaño y fraude, que se revela por sus hechos y por la sangre de los muertos, como también Caín fue revelado. Así, la malicia se mueve en la tierra, y aquí vaga; y por eso rogamus que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo (Mateo 6, 10), para que también aquí haya inocencia. Así, la malicia, ya que allí no tiene lugar, aquí circula, aquí se enfurece, se derrama, no sumergida por aquel diluvio mundano, no quemada por el incendio de Sodoma. De hecho, brotó más gravemente después en los semilleros, hasta llegar a poner manos parricidas y sacrílegas sobre el autor de la salvación de todos. La ley condena el contacto, no quita la malicia. El mismo Señor Jesús condenó el pecado, pero aplazó al autor de este; para que por aquellos a quienes había engañado, el diablo fuera vencido (Conf. S. Aug. lib. IV contra dos epíst. Pelag. c. 11).

40. Así, los engañados son ejercitados, para que paguen el precio de su facilidad, y tomen el estudio de la virtud, la industria de la cautela. Por eso dice: "Sed astutos como serpientes" (Mateo 10, 16). ¿Por qué como serpientes? Para que también él sea despojado de lo suyo, y quien quiso despojar a otros, pierda lo que es suyo, no los venenos, sino los méritos de la naturaleza. De hecho, él es derribado cuando tú asciendes. Está escrito: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lucas 10, 18). No dice que era un rayo, sino como un rayo; porque perdió su luz, que tenía antes de querer quitarte tu luz. Pero tal vez digas que también leemos del Salvador, que "como el relámpago que resplandece de debajo del cielo... así será la venida del Hijo del Hombre" (Lucas 17, 24). Bien, también aquí como un rayo, porque está por encima del rayo. De hecho, el rayo está debajo del cielo: pero la verdadera luz está por encima del cielo. Por lo tanto, Satanás como un rayo, porque perdió lo que tenía: pero tú recuperaste lo que habías perdido.

41. Porque no se ha levantado la sentencia sobre él como sobre ti. Pues la gracia de Cristo que te liberó, lo ató a él. Permanece, pues, la maldición dirigida a la serpiente por tu engaño. Así se le dijo: "Maldito eres entre todos los animales de la tierra" (Génesis 3, 14). Porque es enemigo común de todos, quien fue enemigo de los buenos, y es condenado por aquellos a quienes aún no había herido; porque quien hirió al hombre, a quien todas esas cosas estaban sujetas, hirió a todos. Rompió la ley común, por la cual él mismo estaba sujeto al hombre junto con los demás. Por eso, su maldición está cargada con el odio común de todos y con execración. Pero el género de condena no es la muerte, sino el castigo duradero: "Sobre tu pecho y tu vientre caminarás" (Ibid.). Porque debía ser aplastada la conciencia dañina, y la malicia debía ser pisoteada, y el secreto fraudulento debía ser relegado de la presencia de Dios: al mismo tiempo se muestra que la malicia es terrenal, que se inclina hacia la tierra. De hecho, añadió: "Y comerás polvo todos los días de tu vida" (Ibid.).

42. Aunque parece describirse aquí la naturaleza de la serpiente, más bien se describe todo vaso de malicia, toda serpiente de maldad, que se arroja al vientre, y encierra su veneno dentro de sí, y lo revuelve dentro de su pecho, resbaladizo en sus pensamientos, y caminando sobre sus fraudes, enredándose en sus propios engaños, siempre moviendo y agitando sus venenos cuando piensa, también pisoteando el vientre, es decir, el semillero de su corazón. Por eso, David dice acertadamente: "Se apartaron los pecadores desde el vientre, se extraviaron desde el vientre, hablaron mentiras. Su furia es como la de la serpiente, como la

de la áspid sorda que cierra sus oídos, que no escuchará la voz de los encantadores; y del hechicero, cuando es encantado por el sabio" (Salmo 57, 4 y ss.). Por eso también parece bien dicho lo que leemos en el libro profético: "Me duele el vientre, me duele el vientre" (Jeremías 4, 19); porque allí está la malicia, donde debería estar la inocencia: y eso duele más, lo que en nosotros debería estar más tranquilo: y eso es pisoteado por las huellas de la malicia, estimulado por las uñas, sacudido por un cierto progreso de la maldad y su incremento, donde está el semillero generativo de la posteridad eterna. Esto parece referirse a que lamentaba haber perdido a los hijos que había creado y acogido, pero mucho más, porque en su vientre no tenía el semillero de la palabra. Por eso llama a su vientre, como lo más precioso. Porque el vientre de la mente es precioso, en el cual la fecunda cosecha de los consejos suele brotar con la semilla de la palabra, y suelen formarse ciertos miembros de toda la vida y de las virtudes y disciplinas.

43. Pero para volver a lo propuesto, que Dios consideró que la malicia debía ser reprimida por ahora, más que abolida, dijo a la serpiente: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente de ella. Ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón" (Génesis 3, 15). Donde hay enemistades, hay discordia, y el deseo de hacer daño: donde hay deseo de hacer daño, allí se pone la malicia. Por lo tanto, la discordia entre la serpiente y la mujer tiene la malicia de la discordia subyacente. No se ha quitado, pues, la malicia. De hecho, se ha reservado a la serpiente, para que observe el talón de la mujer y de su simiente, para que haga daño, y vierta su veneno. No caminemos, pues, en las cosas terrenales, y la serpiente no podrá hacernos daño. Tomemos el calzado evangélico con el que se excluye el veneno de la serpiente, se embota su mordedura, para que tengamos los pies calzados en el Evangelio. Y tal vez por eso se le ordena a Moisés descalzarse, para que tomara el calzado del Evangelio; o porque no a Moisés, es decir, no a los profetas, sino a los apóstoles se debía la predicación del Evangelio. Esta es la sentencia que mencionamos antes, dicha contra la serpiente. Consideremos también qué tipo de sentencia se dirigió al hombre.

44. Maldito es aquel que es autor de la culpa: pero no es maldito aquel que fue engañado por fraude ajeno; sin embargo, porque no guardó el mandato de Dios, es condenado al trabajo de sus obras. Ciertamente se maldice la tierra, pero en las obras del pecador (Génesis 3, 17); y se maldice, hasta que se disuelva en tierra. Por eso Jesús asumió la carne, para abolir la maldición de la carne pecadora; y se hizo maldición por nosotros, para que la bendición absorbiera la maldición, la integridad el pecado, la indulgencia la sentencia, la vida la muerte. Porque asumió también la muerte, para que se cumpliera la sentencia, se satisficiera al juez: Maldición de la carne pecadora hasta la muerte. Nada, pues, se hizo contra la sentencia de Dios, ya que se cumplió la condición de la sentencia divina. Maldición hasta la muerte, pero después de la muerte, gracia. Hemos muerto, pues, al mundo, ¿qué más decidimos para el mundo? hemos muerto con Cristo, ¿qué más buscamos de los actos de esta vida? Llevamos la muerte de Cristo en nuestro cuerpo; para que también la vida de Cristo se manifieste en nosotros. No vivamos, pues, ya nuestra vida, sino la vida de Cristo, la vida de la inocencia, la vida de la castidad, la vida de la simplicidad, y de todas las virtudes. Con Cristo hemos resucitado, en Él vivamos, en Él ascendamos; para que la serpiente no pueda encontrar nuestro talón que herir, en la tierra.

CAPÍTULO VIII.

Cómo, aunque aquí estemos retenidos por el cuerpo, podemos y debemos huir con el alma; para que no pasemos con la figura de este mundo que pasa, ni nuestras obras ni nosotros mismos: para que esto no suceda, no pasemos por alto los mandamientos de Dios, como

tampoco el progreso de ninguna disciplina; como se ha comprobado que muchos de los santos antiguos lo hicieron.

45. Huyamos de aquí. Puedes huir con el alma, aunque estés retenido por el cuerpo. Puedes estar aquí, y estar presente ante el Señor, si tu alma se adhiere a Él, si caminas tras Él con tus pensamientos, si sigues sus caminos con fe, no con apariencias, si te refugias en Él. Porque es refugio y fortaleza, a quien David dice: "A ti he huido, y no he sido engañado" (Salmo 76, 3). Por tanto, porque Dios es refugio, y Dios está en el cielo, y sobre los cielos: ciertamente de aquí debemos huir hacia allí, donde hay paz, donde hay descanso de las obras, donde celebremos el gran sábado, como dijo Moisés: "Y serán los sábados de la tierra para vosotros alimento" (Levítico 25, 6). Porque es festivo y lleno de gozo y tranquilidad, descansar en Cristo, y ver su deleite. ¿Volveremos, pues, al mundo quienes hemos huido a Dios? ¿Repetiremos los pecados quienes hemos muerto al pecado? ¿Quedaremos atrapados de nuevo en su lodo quienes hemos renunciado al mundo y a su uso?

46. Huyamos de aquí, porque el tiempo es breve. Escucha cómo debes huir: "Y los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no usaran. Porque la figura de este mundo pasa" (1 Corintios 7, 29 y ss.). No dejen, pues, que nuestras obras pasen con la figura de este mundo que pasa, para que tampoco nosotros pasemos; sino que permanezcamos en la verdad. Si permanecemos en Cristo, permanecemos en la verdad, y con Él permaneceremos, y no pasaremos, sino que diremos: "La bendición del Señor sobre vosotros, os bendecimos en el nombre del Señor" (Salmo 128, 8). Porque los que pasan, no pueden decir, porque no dijeron los que pasaban por el camino: "La bendición del Señor sobre vosotros", como dijo el Profeta. Así que si queremos que nuestras obras no pasen, no pasemos por alto los mandamientos de Dios, no pasemos por alto la diligencia de buscar a Jesús el Señor, de ganar su gracia. No pasó por alto aquella mujer que, habiendo entrado hasta la casa del fariseo donde Cristo estaba reclinado, derramó unguento sobre sus pies.

47. No pasemos por alto el progreso de alguna disciplina, como tampoco lo pasó por alto el joven José; porque buscaba a sus hermanos, y se apresuraba al lugar donde pastoreaban las ovejas; y cuando supo que estaban en Dotán, fue allí. Se significa con esa palabra Dotán un defecto idóneo, es decir, un defecto no menor de opiniones vanas, pero perfecto y pleno, en el cual progresa el alma. Porque el sabio cuando disminuye, añade. Porque las opiniones mundanas, que se comparan con mujeres débiles, se desvanecen. Por eso, acertadamente, para mostrar que Sara había llegado al progreso, para que generara risa y alegría: "Cesaron, dice, a Sara las cosas de mujeres" (Génesis 18, 11). Bueno, pues, es el defecto de las codicias, el defecto de la vanidad; porque es la adición de la verdad. Por eso también el santo David dice: "Mi alma desfallece por tu salvación" (Salmo 118, 81). Porque iba a dar a luz lo que había concedido, y por eso Dios había prometido: iba a dar a luz alegría, y aquella sobria embriaguez de júbilo: iba a dar a luz antes de lo esperado, con la celeridad del ingenio de los partos, hechos de sabiduría. De hecho, también tienes de otras mujeres hebreas, que las hebreas dan a luz antes de que lleguen las parteras (Éxodo 1, 19); porque las almas de los justos no esperan las artes y disciplinas por los géneros de invenciones, ni requieren ayudas para engendrar: sino que espontáneamente dan a luz sus partos, y anticipan la expectativa.

48. No menos diligente en encontrar, que en ejecutar, Jacob, a quien cuando su madre le dijo que llevara al padre las viandas (Génesis 27, 9 y ss.), vemos que tenía a mano los géneros de definiciones. Porque encontró rápidamente, y testificó que Dios era el autor de sus hallazgos, en lo cual se significa tanto la palma de la diligencia, como la abundancia del ingenio. La

primera definición, pues, está en el hallazgo: lo que se encuentra, se busca: y lo que se busca, es del tiempo: lo que es del tiempo, ciertamente es de la diligencia. Pero lo que anticipa el uso del tiempo, Dios lo infunde, Dios lo da: lo que Dios da, es de la naturaleza, no de la diligencia. El ingenio, pues, es un don divino. Lo que es un don divino, es de la naturaleza. El ingenio, pues, es de la naturaleza, el hallazgo de la diligencia: aquello sin tiempo, esto necesita tiempo. Por eso aquello está presente en el tiempo, esto se investiga en el espacio del tiempo: aquello está por encima de nosotros, esto se refiere a nosotros.

49. Al padre que buscaba el alimento de la palabra (porque no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios: tal alimento buscaba Isaac, tal alimento tenía hambre Pedro (Hechos 10, 11 y ss.), cuando vio los misterios del pueblo gentil que iba a creer) Esaú no tenía a mano el alimento del ingenio espiritual y más veloz. Mientras este caza y busca, y se prepara para sugerir un discurso áspero y agreste, Jacob lo anticipa con un hallazgo rápido, y con una respuesta suave, casi doméstica, ministrando una palabra dulce para deleitarlo y agradarlo. Por eso el padre, maravillado, dice: "¿Qué es esto, que tan pronto has encontrado, hijo mío?" Jacob respondió: "Lo que el Señor tu Dios ha entregado en mis manos" (Génesis 27, 20). La primera definición está en la pregunta, la segunda en la respuesta. El padre, pues, encontrando todo lleno de lo que era del ingenio o de la diligencia, concluyó con la consumación de la definición diciendo: "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido" (Ibid., 27). Porque el campo tiene tanto el ingenio natural de la fertilidad, como la diligencia temporal del cultivo, y con razón en él hay plenitud, al que no le falta ninguno de los dos. Al añadir: "Que el Señor ha bendecido", parece haber preferido la gracia de la naturaleza al trabajo del cultivo. Y Esaú confirmó diciendo: "Justamente se llamó su nombre Jacob. Pues ya me ha suplantado dos veces, y ha tomado mi primogenitura" (Ibid., 36).

50. Pero tal vez digas: ¿En qué se demoró, quien fue enviado por el padre a la caza? Pero considera que el padre también pronunció que no podría tener preparado lo que se pedía espiritualmente; y por eso, porque carecía de ingenio, exigía al menos añadir el auxilio de la diligencia. También advierte de la celeridad, quien dice: "Toma el arco y la flecha" (Ibid., 3). Sin embargo, también recibió el fruto de la diligencia, quien reconoció que el don del ingenio era superior.

51. No sin razón llevó alimentos domésticos, quien de los domésticos de su semilla de sabiduría adquirió para sí una unión. Buena es la diligencia con sabiduría, y la invención con ingenio natural. Finalmente, teniendo a mano la unión de la sabiduría, el santo Isaac paseaba por el campo, más bien se abstraía. Y nosotros primero unámonos a la sabiduría, y así salgamos al campo deseando buscar y encontrar. Muchos, en efecto, buscan mal sin sabiduría. Y por eso Caín, porque no había recibido de Dios la prudencia, buscó mal, salió mal al campo; Abel bien, quien cumplió con la ofrenda perfecta del sacrificio. Bueno es el sacrificio de la sabiduría, buena es la ofrenda de la fe, y toda virtud. Finalmente, la sabiduría mató sus víctimas, y mezcló en la copa su vino. Y por eso, para dar a los gentiles insensatos la bebida de la fe, los convocó a su copa diciendo: "Quien sea insensato, que se desvíe hacia mí" (Prov. IX, 4). Y a los necesitados de sentido dijo: "Venid y comed de mis panes, y bebed el vino que he mezclado para vosotros" (Ibid., 5). De esta copa pensó Platón que debía trasladarse a sus libros, al cual convocó las almas para beber; pero no supo saciarlas, quien no ministraba la bebida de la fe, sino de la perfidia.

CAPÍTULO IX.

Urge que huyamos de aquí, como huyó Jacob de su patria, y como los ciervos hacia las fuentes; quienes los desean, deben derramar su alma sobre sí mismos a ejemplo de Susana. Cómo Pablo y Lot huyeron; y nosotros de igual manera debemos huir a la ciudad celestial, hasta que muera el sumo sacerdote: con quien también nuestro viejo hombre debe morir.

52. Huyamos, pues, de aquí como huyó de su patria el santo Jacob. Sabía que la verdadera patria es la superior. Huyamos como los ciervos hacia las fuentes de agua: que David ansiaba, y que también anhele nuestra alma. ¿Quién es esa fuente? Escucha al que dice: "Porque en ti está la fuente de la vida" (Sal. XXXV, 10). A esta fuente diga el alma: "¿Cuándo vendré y me presentaré ante tu rostro?" (Sal. XLI, 3). La fuente es Dios: pero quien desea esta fuente, derrame sobre sí su alma; para que no deje nada a la pasión de la carne, sino que en todas partes el alma sobreabunde.

53. Bien la derramó Susana, para que no pudieran evaporarse en ella los incendios del cuerpo, los temores de la muerte, los deseos de la vida. Derramada sobre ella el alma, extinguió todo deseo carnal, todo afán mundano. Que también pudo extinguir las llamas de los ancianos prodigiosos y de los presbíteros impúdicos, si en ellos no hubiera rebosado el torrente de la lujuria. De quienes, cuando se le tendía la calumnia, si se negaba el consentimiento al adulterio, Susana gimió y dijo: "Estoy en angustia por todas partes. Si hago esto, pereceré con muerte eterna; pero si no, no escaparé de vuestras manos" (Dan. XIII, 22). Sin embargo, juzgó mejor huir del crimen que del peligro. Lloró, pues, cuando se le imputaba el crimen: lloró cuando le reclamaban el juicio de adúltera siendo casta y pura; no lamentando la muerte, sino la calumnia de la castidad. Lloró la injuria a la religión, y derramó sobre sí no el cuerpo, sino el alma. Pues habría derramado el cuerpo, si hubiera accedido a los deseos carnales. Finalmente, cuando era condenada a muerte, exclamó, como juez de los culpables, árbitra de los calumniadores; y con la autoridad de una conciencia inocente, convocó para sí el juicio divino, no movida por el temor a la muerte, sino por el poder de la censura que reprende. Susana, pues, huyó del mundo, y se confió a Dios, huyendo a aquella fortaleza de la ciudad eterna, que abarca todo el mundo, porque dentro de Dios están todas las cosas.

54. También huyó Pablo para escapar, descendido por una ventana en una cesta, pues sabía que un cordón triple no puede romperse: pero huyó para predicar el Evangelio del Señor en todo el mundo; y por eso fue arrebatado al paraíso. Y nosotros huyamos por la ventana escuchando los preceptos del Señor, y con una visión sobria, y guardando la castidad de los ojos.

56. Huyamos como Lot, temiendo más los crímenes de Sodoma que los castigos. Pues ciertamente el piadoso huye de la contaminación de los crímenes, quien cerró su casa a los sodomitas: ni cohabitando los conocía, cuyos delitos ignoraba, y cuyos oprobios rechazaba: ni huyendo los miró, cuyas conversaciones no deseaba. Huyó, pues, como Lot, quien renuncia a los vicios, se aparta de las costumbres de los habitantes, quien no mira atrás, quien entra en aquella ciudad superior con la entrada de sus pensamientos, y no se aparta de ella hasta que muera el Príncipe de los sacerdotes, quien quitó el pecado del mundo. Murió una vez: pero muere para cada uno que es bautizado en la muerte de Cristo; para que seamos sepultados con él, y resucitemos con él, y caminemos en la novedad de su vida.

56. Bien huyes, si tu corazón no imita los consejos de los pecadores, y sus pensamientos. Bien huyes, si tu ojo huye de las copas y vasos; para que no se vuelva lujurioso, mientras se demora en el vino. Bien huyes, si tu ojo evita lo ajeno, para que tu lengua guarde la verdad. Bien huyes, si no respondes al imprudente según su imprudencia. Bien huyes, si apartas el

paso de tus pies de la boca de los insensatos. Pues rápidamente se yerra con malos guías: pero si quieres huir bien, aleja tus caminos de sus discursos.

57. Murió para ti el Príncipe de los sacerdotes, fue crucificado para ti, para que te adhieras a su cruz. Pues en aquella carne te recibió a ti, y tus pecados: fueron clavados en aquel madero los documentos de tus delitos; para que ya no debas nada al mundo, al cual una vez renunciaste. Y con razón no debes nada, a quien puedes decir: "Para mí el mundo está crucificado, y yo para el mundo" (Gál. VI, 14); para que ya no temas la muerte, si llevas a Cristo, en quien puedes decir: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (I Cor. XV, 55). Pues cuando nuestro viejo hombre fue clavado en la cruz, el pecado fue destruido, el aguijón embotado, la culpa vaciada; para que en adelante dejemos de servir a los vicios. Pues el viejo hombre ha pasado. Ahora ya no hay un viejo hombre en nosotros: sino que es una nueva criatura, teniendo en sí la semejanza de Cristo, cuya imagen de vida hemos asumido, sepultados en la semejanza de su muerte, hemos recibido las alas de la gracia espiritual.

58. Así, pues, volad, para que se diga de vosotros: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas con sus pichones?" (Isaías LX, 8). Para que vuestras nubes destilen justicia, y las palomas engendren simplicidad. Navegad así como quienes cruzan el mundo, no errando, como las naves de Tarsis; para que dirijáis vuestro curso a los puertos inteligibles, y llevéis las riquezas del mar. Apresuraos así, para que se diga de vosotros: "Se hicieron más ligeros que las águilas" (Lamentaciones IV, 19). Pues veis que hay que huir de la ira venidera, la cual podrán evitar quienes por penitencia hayan puesto en sí la esperanza de escapar, y hayan bebido la fe de la futura reconciliación, por nuestro Señor Jesucristo, a quien es el reino desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.